

Discursos Históricos

(Colección de Emilio Rodríguez Demorizi)

MONSEÑOR A. A. NOUEL

1862-1937

Sobre pocos dominicanos irradiaron con tanto amor y persistencia empeños paternos de educación y de cultura, como en Alejandro Adolfo Nouel y Bobadilla, hijo del Lic. Carlos Nouel, luego sacerdote, y de Antonia Bobadilla. Nació en la ciudad de Santo Domingo el 12 de diciembre de 1862. Fué ahijado de su abuelo, el célebre político don Tomás Bobadilla y le llevó a la pila bautismal el P. Meriño. Discípulo de Meriño, desde temprano fué enviado por su padre amantísimo al Colegio Pío Latino Americano y a la Universidad Gregoriana de Roma, donde obtuvo, en 1883, los títulos de doctor en filosofía y licenciado en teología y derecho canónico (1).

No fué el estudiante en trances de desarraigo de su patria: hacia él iban constantes, aleccionadoras, amorosas, las cartas de su padre, manteniéndole viva en el espíritu la llama de la dominicanidad y del amor de la familia.

Regresó al país como esperada luz que iba a resplandecer en el clero dominicano, junto a Meriño, dentro de cuya órbita había de moverse. Así, como su Maestro, fué Arzobispo y Presidente de la República, después de activo ejercicio de su alto ministerio sacerdotal (2).

(1) Las primeras letras las aprendió en el Colegio *El Estudio*, S. D., de Federico Llinás y estudió luego en el Seminario, de su pueblo natal. Conservamos en nuestra Biblioteca particular once de los cuadernos manuscritos de las lecciones, en latín, que Nouel recibía en el Colegio Pío Latino, donde estudio del 23 de junio de 1875 al 5 de julio de 1885. Los cuadernos, escritos de su mano, contienen lecciones de teología, retórica, lógica, la "Explicación" de Virgilio, Cicerón, etc., de 1877 a 1885. También conservamos las numerosas cartas de don Carlos Nouel a su hijo, entre las cuales merece mención especial la que le llevó la noticia, —quizás la primera en llegar a Roma—, del hallazgo de los restos de Colón. Se trata del vasto *Epistolario de Carlos Nouel*, de nuestra propiedad.

(2) Regresó de Roma en compañía de Meriño, en 1885. Presbítero desde el 19 de diciembre del mismo año; el día 27 cantó su primera misa en la Catedral. Fué Cura Párroco de San Juan en 1888. Canónigo de la Catedral en 1890 y Vice-

rector del Seminario desde el 20 de marzo de ese año. También fué Cura de Santa Bárbara (S. D.) y del Seibo. Cura y Vicario de La Vega en 1893; Arzobispo titular de Metymna y Coadjutor consagrado en Roma el 16 de octubre de 1904, y Arzobispo a la muerte de Meriño, el 20 de agosto de 1906. En diversas ocasiones estuvo en Roma: de allí regresó el 5 de septiembre de 1899, acompañando a Meriño; volvió a Roma el 15 de agosto de 1904. En enero de 1913 estaba en Monte Cristi y regresó a Santo Domingo el 31 de ese mes. En febrero estuvo en Azua y Barahona. Desde Barahona, el 28 de marzo, renunció la Presidencia de la República: de ahí salió para Europa el 2 de abril. El 26 de mayo fué recibido por el Papa en larga y cordial audiencia. Estaba en Barcelona en agosto. Salió el día 10 para Santo Domingo. En Valencia el 11. En Las Palmas, Gran Canaria, el 17. El 3 de noviembre del mismo año de 1913 fué designado por el Papa Delegado apostólico en Cuba y Puerto Rico. En mayo de 1915 en Cuba, en la consagración del Obispo de Matanzas. En septiembre de 1915 en San Juan de Puerto Rico. Hizo otros muchos viajes. Varias cartas pastorales de Nouel circularon en folleto. Tuvo a su cargo la edición de la importante obra de su padre, Lic. Carlos Nouel, *Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, Roma, 1913, vol. I; S. D., 1914, vol. II; S. D., 1915, vol. III. Del último volumen, cuya impresión no llegó a terminarse, han circulado algunos ejemplares. Nouel proyectaba hacer nueva edición, aumentada y corregida en vista de documentos procedentes del Archivo de Indias, donde obtuvo no escasas e importantes copias. Además, formó una importante biblioteca histórica, con el mismo fin, fatalmente dispersa desde antes de su muerte. La producción literaria de Monseñor Nouel no ha sido impresa. En la Universidad de Santo Domingo se conserva, en copia mecanográfica, una colección de discursos, conferencias, cartas pastorales, etc., ordenada y anotada por el Lic. J. Enrique Hernández, que ahora utilizamos.

(3) Acerca de Nouel, véase: artículos *Nuestro Prelado y Datos biográficos del Excmo. y Rv. Sr. Dr. A. A. Nouel*, en *Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, Nº 55 y Nº 56, noviembre, 1921; Andrés Julio Montolio, *Doctor Adolfo A. Nouel*, en *La Cuna de América*, S. D., 17, marzo, 1907, y *Listín Diario*, C. T., 28, junio, 1937; Dr. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro,



Hombre de superior cultura y de atrayente y noble personalidad, su palabra fué siempre escuchada con deleite y respeto por sus conciudadanos. Como orador, señala Vicente Lloréns Castillo, Nouel "carece ciertamente del verbo majestuoso de su maestro Meriño, pero con tono más apa-

cible y sosegado, hay en él otras cualidades, tales como su buen gusto, su refinada cultura literaria y su estilo elegante, que hacen de sus oraciones un modelo de elocuencia religiosa". Excelente orador sagrado le juzga Max Henríquez Ureña.

ro, 1945, p. 288; Fr. C. de Utrera, *Nuestra Señora de Altigracia...*, C. T., 1940, p. 95, 102, 105, 117, 121, 123, 151, 158, 61a, 66a, 70a, 71a; A. Hoepelman y J. A. Senior, *Documentos históricos...*, S. D., 1922, p. 7; L. E. Alemar, *La catedral de Santo Domingo*, Barcelona, 1933, p. 23-26, 31, 36-45, 49-57, 64, 95, 103; y Ramón Emilio Jiménez, *Oración panegírica*, C. T., 36 p., que también figura en *Clio*, C. T., N° 38, 1939. Este último es el más bello y completo estudio acerca del Mitrado. Contiene, además del examen de la vida de Nouel (el Arzobispo, el político, el patriota, el filósofo y otros aspectos), la bien larga enumeración de cargos, honores y condecoraciones que mereció Nouel, entre las que figura la de Caballero Gran Cruz de la Orden de *Constantiniano di San Giorgio*, que le fué concedida en Roma en Abril de 1913. Acerca de la actuación de Nouel como Presidente de la República véanse los periódicos de Santo Domingo *El Tiempo*, ediciones del 4 de noviembre de 1912 a mayo de 1913, y *Listín Diario* del mismo período. (Las

Murió en su villa natal en la madrugada del 26 de junio de 1937 y recibió sepultura, por propia voluntad, nó en la ostentosa Catedral, entre Arzobispos y Presidentes, ni junto a héroes del descubrimiento y la conquista, sino en su modesta y amada Iglesia de la Altigracia. La vanidad no le vició el espíritu: fué varón de bondad ejemplarísima, tal vez en extremo desmedida.

noticias y artículos aparecidos en el primero son de igual o mayor importancia que las del segundo periódico). Ostentan su nombre sendas calles de su pueblo natal y de La Vega, que le nombró Hijo Adoptivo en 1906. También se le dió su nombre, a iniciativa del Presidente Trujillo, a la antigua villa de Bonao.

ORACION PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO, EN LA TARDE DEL 27 DE FEBRERO DE 1891, CON MOTIVO DE LA APOTEOSIS DEL GENERAL RAMON MELLA, PROCER FEBRERISTA. (*)

Sapiens in populo haere ditabit honorem, et nomen illius erit vivens in aeternum. (Ecl. XXXVII, 29). Esemplum enim dedi vobis, ut Quamadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. (San Juan, XIII).

El sabio heredará honor en medio de su pueblo y su nombre vivirá eternamente. Os he dado el ejemplo para que así como yo he obrado obréis vosotros.

Señores:

Entre las múltiples acepciones que, tanto según el estilo de los sagrados libros, como de los escritores profanos, ha tenido la palabra *sabiduría*, existe una que pesada así en el peso de la Historia como en el peso del santuario, es la representación más perfecta de los nobles ideales.

Y en efecto, señores: los pueblos antiguos colocaron en el templo de la sabiduría no solamente a aquellos genios privilegiados que por medio

del talento derramaron regueros de luz y de conocimientos e ilustraron los caminos de la ciencia y del saber, sino también a aquellos no menos esclarecidos varones que, o por medio de las armas, o con el ejercicio de las virtudes cívicas o morales, dejaron su nombre en bendición.

Sobre los pedestales de una misma gloria y con el mismo epíteto de sabio fué admirado el padre de las musas griegas y reverenciado el batallador por los derechos de Esparta.

¿Será por ventura, más sabio el Orador del Lacio cuando allá en su retiro del Túscolo compendia en pocas páginas la inmortalidad de su

(*) *El Lápiz*, S. D., N° 4, 6 marzo, 1891.



verbo, cuando su palabra en el Foro arranca nutridísimos aplausos al encomiar las virtudes del César, o cuando conjura las calamidades de la Patria, exponiendo su vida y consolidando con las armas los derechos del gran pueblo? ¿Y estimaremos en más la elocuencia de Demóstenes, las consideraciones de Séneca, y las narraciones de Livio, que el patriotismo de los Horacios, la abnegación de los Curios y el ejemplo de los Catones?

Las páginas sagradas ¿no encomian la sabiduría de las vírgenes prudentes y la sabiduría del hombre recto? ¿Y no nos imponen el precepto de ser todos sabios: "Estote sapientes"? ¿Y no es la sabiduría para el Espíritu Santo una exhalación de la virtud de Dios, o como pura emanación de la gloria del Ser Supremo?

Sabiduría, pues, es la práctica de las virtudes; y de éstas, una de las más excelentes, de las más nobles, de las más benéficas, y, podría decirse también, hasta de las más cristianas, es, sin duda alguna, el patriotismo. Salido del seno de Dios mismo y grabado en el corazón del hombre por la mano misma de la naturaleza, ha sido siempre como savia benéfica, que, difundiéndose por todos los miembros de la sociedad, la vigoriza, la ennoblece, la conserva y la impele cada vez más por el camino del progreso y del bien.

El espíritu se ensancha al recordar los ejemplos de amor patrio que practicaron y hasta nosotros transmitieron los verdaderos sabios.

¡Qué bellas son las páginas de Pablo a los Romanos! ¡Qué tiernas son las súplicas del Rey Profeta cuando eleva sus ruegos hasta el trono de Dios por la prosperidad de su pueblo! ¡Qué hondamente conmovedores los lamentos de Jeremías, cuando cubierto de polvo y de cilicio, recuerda la libertad perdida y llora la destrucción futura! Y, ¡cuánto amor patrio no encierran las lágrimas que derrama el divino Maestro cuando contempla de lejos a la ciudad deicida!...

Nosotros también hemos tenido nuestros sábios, invocando a Dios, luchando por la Patria, y muriendo por la Libertad, supieron heredar un nombre y vivirán eternamente en medio de su pueblo. Fué uno de ellos, Señores, el héroe que nos ocupa en estos momentos. Recordar sus hazañas, proponeros su ejemplo y tributar pleito homenaje a sus virtudes, que derraman más luz que

el sol de nuestros trópicos, es tema sublime que, desarrollado por algunos de nuestros profundos pensadores o en boca de algunos de nuestros esclarecidos tribunos, hubiera llegado a conmover hasta las frías cenizas de nuestro Prócer.

Aunque, sin embargo, no pretendo compartir mi responsabilidad con nadie y una vez en el trance, sólo culpo mi atrevimiento, al mismo tiempo que deploro mi impotencia de no haber podido resistir a la invitación de benévolos amigos, ni al deseo de contribuir personalmente a la apoteosis del General Ramón Mella!...

Vino a la luz el 25 de febrero del año mil ochocientos dieciseis y los primeros años de su preciosa juventud corrieron a la sombra despótica de la dominación haitiana. Aquella alma escogida por Dios para los grandes planes que en sus santos juicios se preparaban, supo corresponder a sus designios, alimentando siempre viva en el santuario de su corazón la noble virtud del patriotismo.

A imitación de Aníbal, cuando llevado por su padre al ara santa juró enemistad eterna a los romanos, juró, él también, odio implacable a los dominadores.

De ahí el que se le encontrara siempre pronto en todas las diversiones entre los hijos del pueblo y al lado de sus compañeros para castigar los agravios y vejámenes que recibían de los secuaces de aquel gobierno opresor. De ahí los lazos de amistad que lo ligaban con todos aquellos que de alguna manera podían contribuir a la idea separatista. Y de ahí, en fin, su arrojo para exponer su vida en la propagación de la causa descompeñando las difíciles e importantes comisiones que tuvieron a bien confiarle sus correligionarios.

Y en efecto, señores: ¿Cómo no habían de conmoverse las entrañas de nuestro Héroe, y cómo no había de latir con todo el entusiasmo patriótico de su juventud el corazón de Mella y de sus compañeros, cuando contemplaban tan de cerca los dolores de la Patria? ¡Qué nubes tan densas se cernieron sobre el cielo de Quisqueya durante la larga y sombría noche de la dominación haitiana!

¿Será necesario recordar todos los medios de que se valieron los opresores de Occidente para

avasallar los derechos del pueblo y para aletargar el espíritu siempre patriótico de la juventud?

Los bárbaros del Norte y los monstruos coronados de la antigua Roma tuvieron sus imitadores al principio del siglo diecinueve, y nuestros antepasados presenciaron, más de una vez, las violaciones y los degüellos, los incendios y los saqueos de otros tantos Neronés y Alaricos.

No resonaban ya las aulas de nuestra antigua y célebre Universidad: procuraron sofocar todo germen de vida intelectual y social en aquella juventud que se levantaba oprimida, para poder por medio del oscurantismo, del terror y de la ignorancia confabulados, ejercer con menor resistencia su dominación tiránica.

Pero vive Dios que abate y vivifica, que aflige y que consuela! ¿No suscitó a Judith contra Holofemes, y a Débora contra Sisara?

En la remota España se educaba un joven que había sido escogido por Dios para alimentar en el suelo de la Patria los nobles sentimientos de la libertad; y Duarte, señores, encontró almas hermanas de la suya que supieron comprenderle.

Y se formó la *Trinitaria*, y se fundó la *Fiantrópica*, y se llevó a cabo la reforma del año CUARENTITRES; y al levantarse el sol del 27 de febrero de 1844, la gloria se sintió impotente para seguir complaciendo a la naciente República Dominicana.

¡Lavántate del polvo, oh Patria de tantos héroes!; sacude de tu cuello el yugo de la servidumbre! *Escutere de pulvere; consurge sede Jerusalem, solve vincula colli tui captiva filia Sion!* (Isaías, LII, v. 2.).

Y vosotros, mártires gloriosos de nuestra Independencia, que supisteis crear en tan corto espacio de tiempo, una historia, una nación y una gloria enteramente nuevas, bajad tranquilos al sepulcro, porque sois padres de todo un pueblo.

¡Oh designios inescrutables de la Providencia! Dios, señores, que suscitó héroes que nos dieron Patria, quiso servirse también de algunos de ellos para que la restauraran.

Desgraciadamente, después que a la opresión sucedió la libertad, y a la tiranía sucedió la

República, comenzaron a condensarse en el luminoso horizonte de la Patria las negras nubes de las discordias civiles. Y desde entonces ¡cuántos infortunios, cuántas lágrimas y cuánta sangre, han venido a acibarar los legítimos y santos regocijos de la familia dominicana! ¡Cuántas veces se ha cubierto de un velo la justicia, que es la única que salva a las Naciones! ¡Cuántas veces ha huido, averganzada, la libertad, y han sucumbido las garantías individuales, y se han entronizado los más crueles despotismos!

Por eso no os admiréis, señores, al contemplar vagando por playas extranjeras al ínclito Soldado, General Ramón Mella. Acordáos que por la misma vía sacra se subía a la cima inmortal del Capitolio, y se bajaba también a las negras profundidades de la Cárcel Mamertina.

El, sin embargo, regresará al suelo de la Patria, y, aunque retirado completamente de la vida pública y entregado cual otro Cincinato a las faenas de la vida privada, a la voz de "¡alerta!", saldrá de su retiro para ceñir los nuevos lauros que prepara la victoria.

Las huestes de Occidente intentan someternos otra vez al yugo despótico de su dominación: el bárbaro Soulouque traspassa las fronteras, el terror lo precede, el incendio y la devastación lo siguen; y los aguerridos generales Santana, Mella, Contreras, Duvergé y otros más, todos de gloriosa recordación, legan a la posteridad, con el ejemplo de su valor, la campaña inmortal de 1849.

Más tarde conquista nuevos lauros en las fronteras del Noroeste, y cuando la insaciable ambición de mando, causa principalísima de las desgracias de los pueblos, y el antagonismo de las facciones políticas y un mal entendido golpe de estado, hirieron de muerte a la República Dominicana; Mella, siempre fiel a la consigna de su juventud, sufre con abnegación patriótica la injusticia de la cárcel y vuelve a devorar el pan del ostracismo.

Regresa del destierro, y aunque ya extenuado por la última enfermedad que debía conducirle al sepulcro, hace eco a los héroes de Capotillo, consagra sus postreros esfuerzos al servicio de la República, y, semejante a una luz ya próxima a extinguirse, derrama más vivos los destellos que

han de iluminar la senda que le conducirá al templo de la inmortalidad.

Afortunadamente, ni los esfuerzos de Mella, ni la sangre inocente de Sánchez y de sus compañeros, ni el valor denodado del heroico Santiago, ni los sacrificios y desvelos de tantos héroes fueron infructuosos, y la República Dominicana se levantó de nuevo al grito de "¡Independencia o muerte!" Y sus sabios heredaron honor bajo su enseña! Y sus nombres vivirán eternamente en el seno de su pueblo, porque supieron levantar un monumento más duradero que el mármol y que el bronce.

Que si desgraciadamente por una de esas leyes inexorables que rigen a las sociedades humanas, hemos presentado a veces fecundas alternativas de virtudes y de crímenes, ha comenzado, sin embargo, a brillar para nuestros mártires el sol de la justicia y de la gratitud.

Prez y gloria a los iniciadores y cooperadores de tan digna reparación patriótica!

Y ya que por disposición divina, nuestra joven nacionalidad encontró mártires que mecieran su cuna, plegue al Cielo que siempre en su camino encuentre héroes que sepan dar la vida!

Hace pocos días, señores, habéis grabado en el más glorioso de nuestros monumentos nacionales estas sencillas pero significativas palabras del Lírico romano: *Dulce et decorum est pro patria mori.* (Horacio, Lib. III, Od. 2.). Pero si queréis conservar en todo su esplendor la Patria por la

cual murieron nuestros padres, grabad también en el santuario de vuestros corazones las palabras del texto que cité al principio: "Os he dado el ejemplo para que así como yo he obrado, obréis también vosotros".

Porque, si se necesitan virtudes y heroismos para fundar un pueblo, se necesitan trabajos y abnegaciones para perpetuar de una manera digna su existencia!

Se necesita la libertad unida a la obediencia; hombres que ignoren por completo el comercio inmoral de las conciencias; sacrificio de todas las pasiones e intereses; libre ejercicio de todos los derechos y cumplimiento fiel de todos los deberes.

Y a la verdad, señores, después de largos años de dominación y gloria llegó un tiempo para la sabia Grecia y la opulenta Roma, en que fueron inútiles los decretos del Senado y las agitacionos del Foro para impedir que esos colosos del poder pagano descendieran rápidamente hasta las playas de la impotencia y del olvido.

¿Sabéis por qué? Porque no se perpetuaron las virtudes de sus sabios. Porque las generaciones que se sucedieron, desdeñaron seguir los ejemplos de sus héroes.

Obremos, pues, nosotros como obraron nuestros próceres, y mientras heredan un nombre en medio de su pueblo, descansen bajo el manto de la inmortalidad y en la Casa de DIOS los que nos dieron PATRIA, muriendo por la LIBERTAD.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LAS RUINAS DE LA VEGA REAL, HOY "PUEBLO VIEJO", EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1892, AL FIJAR ALLI UNA LAPIDA CONMEMORATIVA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Habéis venido, señores, a colocar una inscripción conmemorativa sobre estos escombros cuatro veces seculares y ejercéis con ello uno de los actos más trascendentales para la historia de los pueblos. Porque ¿no han sido siempre las ruinas esos libros sagrados que sirven para transmitir a las generaciones que se suceden la historia de las generaciones que pasan?

¿Cuál de nosotros hubiera podido jamás formarse una idea exacta de un juego de gladiadores si no existieran todavía las descripciones y las ruinas mismas del Circo Máximo? Y si no existieran estos escombros, como tantos otros en nuestra Isla, ¿cómo pudiéramos rectificar los errores que a cada paso encontramos en los historiadores, y que las pasiones, el interés o la ignorancia de



los contemporáneos, amontonan siempre para oscurecer la verdad de los acontecimientos?

Habéis cumplido, pues, con una necesidad ineludible para nuestros anales, al mismo tiempo que rendís pleito homenaje al hecho portentoso y civilizador que representan estas piedras augustas. Rocas venerandas que nos recuerdan todavía el triunfo de la verdad y de la ciencia, la victoria de la civilización que se imponía, y la difusión de la doctrina que se predicaba. Ciencia, civilización y doctrina que ennoblecen estas ruinas y que las hacen mucho más acreedoras a la conservación y al respeto que tantas otras que no representan sino la depravación, el despotismo o la barbarie.

Y a la verdad, señores, subamos a las gigantescas Pirámides que dominan el Nilo: contemplemos esas enormes montañas de piedra que parecen como avanzadas del desierto para desafiar todos los elementos; y si bien es verdad que admiraremos en ellas las perfecciones de las líneas, lo proporcionado de su descomunal grandeza, o lo elevado de su mole, en fondo no descubriremos más que el servilismo de un pueblo o el despotismo de los reyes.

Sentémonos a meditar sobre las ruinas de Nínive o Babilonia, de Menfis o Cartago; y después de haber evocado los recuerdos de sus hermosos jardines colgantes, de sus anchas y bellas avenidas, la preciosidad de sus grandes tesoros y la avasalladora potencia de sus bajeles, apartemos la vista para no tropezarnos también con su depravación y con sus vicios.

Recordad las elegantes columnas de Corinto y los majestuosos pórticos de Atenas; pero, no olvidéis que esos pórticos y aquellas columnas fueron bañadas con la sangre inocente de cuarenta mil esclavos, sacrificados para celebrar la victoria sobre los dacios, en el brevísimo espacio de una semana.

Pentrad, si queréis, en la Ciudad misma de las Siete Colinas, y aunque es forzoso confesar que es cuna de Gracos y Escipiones, y que entre los fragmentos de su Foro deshecho repercute todavía la palabra fascinadora y elocuente de Marco Tulio; nos asfixiamos por el vapor pesado y sofocante que despidе aquella tierra ennegrecida por los coágulos de sangre que hicieron derramar sus Nervas y sus Nerones, sus Heliogabalos y sus Calígulas.

Las piedras del Anfiteatro Flavio no nos recuerdan más que la degradación de un pueblo, o la injusticia, o el vicio, cubiertos con el brillante ropaje de la ostentación y de la opulencia: mientras que los escombros que ahí tenemos, señores, nos representan la idea grandiosa de la fraternidad!...

Allá, aparece en la arena una horda de gladiadores que van a ser devorados por las fieras: aquí, un ejército de misioneros que vienen a predicar la paz y la civilización, la vida y el amor...

Allá, desfilan unos cuantos, y, "Ave César, —exclaman— los que van a morir te saludan!": mientras que aquí, Las Casas, Córdoba y Montezinos, "Ave, oh Pueblo, —repiten— tú que vas a perecer, ya no morirás!..."

Allá, unos cuantos vitores a César, porque regresa de las Galias con sus águilas triunfantes y sus legiones invencibles; aquí, un concierto universal, para saludar el complemento del planeta!

Colocad, señores, esa lápida, y colocadla en nombre de la Ciencia agradecida: en nombre de la medicina y la botánica, que descubrieron en nuestras selvas vírgenes plantas inapreciables; en nombre de la geografía, que acrecentó el catálogo de sus mares, la nómina de sus ríos, el número de sus montañas, de sus volcanes, y de sus lagos; en nombre de la zoología, que se enriqueció con nomenclaturas de series animales desconocidas; en nombre de la astronomía, que ensanchó su horizonte y descubrió nuevas constelaciones; en nombre de la lingüística, que encontró nuevos sonidos; en nombre de la arqueología, que desenterró nuevas ruinas; en nombre de la náutica, que recorrió nuevos desconocidos piélagos.

Colocadla en nombre de la fraternidad universal, que extendió sus dominios, y, finalmente, en el nombre sacrosantísimo de la joven América, que surgió a nueva vida, a la vida del Cristianismo, el cual cambió sus costumbres, a la vida de la civilización que destruyó la barbarie y a la vida de la unión, que la hermanó al Viejo Mundo!... (1).

(1) Este discurso fué pronunciado ante los elementos intelectuales más destacados del Cibao, quienes se dieron cita en aquel histórico lugar, y fué pronunciado de nuevo por la noche del mismo 12 de octubre en el teatro "La Progresista", de la ciudad de La Vega Real, repetición que fué pedida por la muchedumbre que allí se congregaba, entre grandes ovaciones. En esta época era el Dr. Nouel Vicario Foráneo de aquella provincia. (Nota del Lic. J. Enrique Hernández).



PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA S. I. CATEDRAL, EN LAS HONRAS FUNEBRES DEL EXCMO. DR. FERNANDO ARTURO DE MERIÑO, ARZOBISPO METROPOLITANO Y EX PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, FALLECIDO EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1906.

Venerables hermanos:

Señores:

Un deber nos impone hoy la obligación de dirigir la palabra en un momento en que no corresponde, por cierto, a los deseos de la voluntad, la flaqueza de las fuerzas físicas. Fatigados por emociones y pesares, llevando sobre nuestra alma el peso enorme de enorme responsabilidad, y sobre nuestros nervios crispados la carga de inmensa desventura, bien pudiéramos callar. Además, que para hablar dignamente de nuestro venerable Antecesor hubiera sido necesario poseer los vuelos de su genio, los arrebatos de su elocuencia y sonora grandiosidad de su palabra.

Cumplimos sin embargo con nuestro deber, y en nombre de esta Iglesia Primada, en el pasado, y hasta ayer, tan ilustre, le dedicamos un recuerdo; y se lo dedicamos también en nuestro nombre: porque jamás olvidaremos que fué allí, en aquella pila sagrada en la que nos regeneró con las aguas del bautismo; que fuimos en Roma, en el año 1885, el único representante, aunque indigno, de su clero, cuando recibía la consagración episcopal; que fué en ese mismo año, bajo las bóvedas de este mismo templo, tendidos sobre el pavimento de ese mismo altar, donde recibimos la unción del sacerdocio: ni olvidaremos jamás que fuimos durante los últimos años de su vida el confidente de sus amarguras y que recibimos las últimas palabras de su alma profundamente cristiana.

No creáis, empero, que abusaremos de vuestra benevolencia, obligándoos a escucharnos largo rato: ni creáis tampoco que abusaremos de los derechos de la muerte, "Porque si la muerte favorece a la justicia e inclina a compasión, jamás debe favorecer a la lisonja ni inclinarse a falsedad". Seremos, pues, sinceros; seremos justos; seremos, sobre todo, cristianos, vale decir, procuraremos honrar la justicia y la verdad con acentos que no herirán ni la memoria ni el corazón de nadie.

Un día, célebre en los anales de la oratoria sagrada de la Iglesia de Francia, presentóse ante selecta concurrencia un sacerdote que debía pronunciar la oración fúnebre del rey más grande de su tiempo, y, ante aquel cadáver cubierto de púrpura y de oro, ante la majestad de aquella corte tan vanamente opulenta, ante aquellos cortesanos que no entendían más lenguaje que el de la adulación y del halago, Massillon, acordándose de que hablaba en nombre de DIOS, aunque fuese ante el féretro de Luis XIV, dejó caer de sus labios estas sencillas palabras: "Sólo Dios es grande".

Y en efecto, señores: cuando se mide la grandeza humana con la única medida de la razón del orgullo, no podemos menos de repetir la misma frase.

La muerte se presenta en el camino de la vida, y da su voz de "¡alto!": y el hombre, por grande que sea, se detiene; ella no necesita más que un solo golpe para derribarlo y lo derriba, y lo domina, y lo arrastra, y lo encierra en la lobreguez de una tumba, y lo acuesta allí sobre el polvo obligándole a exclamar con el Patriarca de Hus: "*Spiritus meus attenabitur, dies mei breviantur, et solum mihi superest sepulchrum*": (Job; XVII, v. 1.) se extenuará mi espíritu, se abreviarán mis días y solamente me quedará el sepulcro... Disipáronse como humo mis designios y díjele a la podredumbre: "Tú eres mi madre", y díjeles a los gusanos: "Vosotros sois mis hermanos". (Job).

El ídolo no existe ya; los aduladores huyen buscando otro a quien quemar su incienso; respiran los que se creían oprimidos; los descontentos ya mueven la cabeza para ultrajar o vengarse...

Existe, sin embargo, otra grandeza que es la verdadera, porque no es grandeza de la tierra, sino del Cielo; grandeza que es al mismo tiempo de Dios y del hombre, y a la cual no podríamos aplicar la frase inolvidable del celeberrimo orador francés, sino más bien las palabras del real Profeta: "*Mirabilis Deus in sanctis suis*". (Psl. LXVII v. 36



Y esa grandeza nada tiene de falso, nada de deleznable, nada de transitorio. La muerte, en vez de destruirla, la nutre y la consagra. Esa es la grandeza cristiana. Y la tuvo el ilustre Mitrado cuya muerte lloramos, porque ejerció las virtudes que le inspiraron su apostolado y su fe; porque ejerció la virtud por excelencia, que es la virtud de la caridad, amando a Dios, dándose como sustancia en sus intereses a los pobres, y dándose como inteligencia a sus oyentes y discípulos. "Partió su pan para dividirlo con el necesitado": *Frange esurienti panem tuum;* (San Mateo, XXV, 35) y cumplió con el precepto evangélico, enseñando: "Docete..." (San Mateo, XXVIII).

Por eso os decíamos al día siguiente de su muerte que nunca lo vimos tan grande como cuando confortado por la fe en Cristo nuestro Señor, se recogió en la inmortalidad de nuestra imperecedera doctrina y de nuestras dulces esperanzas; como cuando puso sobre su corazón y llevó a sus labios casi fríos la enseña de la cruz para acallar las pasiones propias de la debilidad humana, y levantarse por medio de la gracia y del perdón hacia Aquel que es todo misericordia y caridad.

Vosotros, venerables hermanos en el sacerdocio de Jesús, al ver caer los apoyos que Dios había concedido a esta Iglesia, conoceréis mejor que Nos vuestros deberes y la obligación que tenemos todos de reparar las ruinas del santuario. "Herederos de Zorobabel, acordáos que debéis, como Nehemías, reedificar los muros y las torres de la ciudad santa":

Si la muerte dejó vacías las manos del ilustrísimo Pontífice por cuyo eterno descanso hemos venido a implorar la misericordia divina; si arrebató, decimos, el cayado de pastor para pasarlo a nuestras manos, aunque indignas, sirva al menos su memoria y el perfume que exhala su sepulcro, para confortarnos.

Cristo, el divino pastor de nuestras almas, conceda al que fué hasta ayer —y será siempre!— nuestro amantísimo padre, el eterno descanso, y conceda también al que es desde hoy vuestro indigno Prelado, el espíritu de fortaleza y de consejo: *Emitte, Domine, spiritum consilii et fortitudinis...*

EL BEATO EUDES, SANTO DOMINGO, 19 DE DICIEMBRE DE 1909.

Justus ut palma florebit; sicut cedrus Libani multiplicabitur.

El justo florecerá como la palma; multiplicarse ha como cedro del Líbano.

(Ps. XCI, 13)

Ilustrísimos y Reverendísimos Señores: (*)

Hermanos en el sacerdocio:

Carísimos hijos:

Desde el momento feliz en que por la infinita bondad y misericordia de Dios, se Nos confió la misión y se Nos dió el poder de anunciar la pa-

labra divina, jamás habíamos desempeñado este sagrado ministerio poseídos y dominados como en esta tarde por sentimientos tan profundos de gratitud y de amor.

A la verdad, cuando hace ya cinco años el Eminentísimo Príncipe Purpurado que Nos consagraba, ponía sobre nuestra cerviz el libro de los Santos Evangelios y Nos sentaba en el trono pontifical con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, el pensamiento que principalmente embarcó Nuestro espíritu, fué la restauración espiritual

(*) Julien Conan, Metropolitano de Haití, y Jean Marie Morice, Obispo de Aux-Caye. (Tomado de *Colección Trujillo*, vol. 18).

y material de nuestra amada Arquidiócesis. Con ese fin comenzamos a buscar cooperadores. Contábamos desde luego con el venerable clero arquidiocesano; pero éste, bien lo sabéis, era escasísimo, y por tanto insuficiente para cubrir los puestos más importantes de la cura de almas; las vocaciones rarísimas y para mayor desgracia, sin Seminario donde cultivarlas. Los obstáculos que en aquellos momentos se presentaban, la sorda oposición de algunos, la guerra abierta de otros y las tantas dificultades de todos conocidas, hubieran hecho desistir de tan cristiano empeño a cualquiera que no hubiese puesto toda su esperanza en el Señor y no hubiera confiado ciegamente en su promesa infalible: "Portae inferi non praevalent"...

De ahí la vehemencia de Nuestro amor a Dios, que "quiso" sostener y confortar nuestra debilidad y pequeñez. De ahí el sentimiento profundísimo de nuestra gratitud hacia esos beneméritos hijos del Beato Eudes, los primeros que, sin preguntarnos por la salubridad del clima, sin poner mientes en la escasez de nuestros recursos, sin preocuparse por el exceso de trabajo que los esperaba, aceptaron Nuestra invitación, y, abandonando los afectos purísimos de la patria y sus hogares, abrazaron el sacrificio de venir aquí a trabajar en la viña del Altísimo, sin otra esperanza que el sufrimiento, sin otra recompensa que la eterna, sin otro aliciente que las contrariedades humanas.

Loado sea Dios, que en su bondad sin límites dignó escucharnos. Por eso, Nuestro amor hacia El por eso, y para demostrar y una y otro, Nos encontramos en este momento ocupando esta cátedra, con el propósito de contribuir con Nuestra humilde palabra a la glorificación del siervo de Dios, recientemente beatificado.

Meditemos juntos con sencillez de entendimiento y con docilidad de corazón, las palabras del texto sagrado que hemos proclamado en el comienzo de Nuestra peroración: El justo florecerá como la palma; multiplicarse há como el cedro del Líbano".

Ellas, me parece, encierran y compendian de un modo admirable toda la vida, todas las obras y la verdadera apoteosis de nuestro Beato,

Criaturas, no llegaremos jamás a comprender y escudriñar toda la profundidad del pensamiento y de las enseñanzas que el Creador ha escondido en ellas. Sin embargo, lo poco que descubriremos nos elevará a bendecir al Señor, siempre admirable en sus actos, y será para nosotros una luz y un estímulo a la virtud. El, que tanto puede, nos alcance esta gracia; y entonces nos habremos reunido dignamente en memoria suya.

La Vida, las obras, la glorificación del Beato Eudes, son exactamente como el nacimiento, como el crecer, como la florescencia de la palma.

Abramos nuestro viejo libro, la Biblia, y en sus páginas admirables, como en las narraciones de los viajeros, como en las historias más antiguas de los pueblos de Oriente, encontraremos siempre como planta característica de los países tropicales, y especialmente de las arenas desoladas, la palma, que cuenta centenares de especies y que si fué representada en el dátíl, llamado por el árabe con no menos verdad que poesía, "el rey del oasis", ha sido representada entre nosotros en la palma real, proclamada por naturalistas y poetas "la reina de los valles".

Mirad: no aparece ni un pétalo de flor ni una hoja de yerba. El gran arenal, aún exento de los monstruos imaginados en la antigüedad, aún templado en las descripciones más recientes... el desierto oprime. Calla la naturaleza; suspéndese la vida; reina soberana la muerte. Pero bajo aquellas arenas inflamadas que parecen malditas de esterilidad, pasa una onda. El agua, como la caridad vivificadora, oculta y copiosa, se difunde y corre; la palma apagará su sed y florecerá. Con aquel instinto, que el botánico no explica pero reconoce, llegan las raíces a la húmeda zona ignorada, más robustas e incansables. Abrense las capas del suelo, y, vigoroso, recto, sin debilidades ni divergencias de ramificación, ved cómo brota el tronco elegante a diez, a veinte, a treinta metros, coronado de hojas, anchas y largas, divididas y flotantes, bajo las cuales maduran sus frutos muchas plantas, frescos y alivio del viajero.

Los vientos en el agua; a sus lados el desierto; la cabellera en el viento, en el aire, en la luz, en las llamas del sol tropical; así vive, así florece la palma. Y así, "sicut palma" nació y floreció el Beato Eudes,

También en las ciudades hay desiertos y muchas veces hay triste soledad y desolación de muerte, y más que en parte alguna, en las estancias palaciegas, en los salones dorados, en las calles populosas, entre esa misma muchedumbre que se oprime, que empuja, que se disputa a vida. No hay sino silencio en donde no habla Dios.

Mas, bajo esos estrados ostentosos, pero desolados y estériles, corre una onda y lleva la vida a humildes barrios y pobres aldeas, ignoradas del mundo pero amadas de Dios, como eco y continuación de Nazaret y de Belén, en donde una mujer que parece vulgar y es sublime, experimenta una cosa del cielo, el misterio asombroso de la maternidad y lo cumple alimentando el germen divino que ha brotado de su seno, con la vida de Dios más que con su propia vida y con su propia sangre.

En esta onda de salud, en el secreto del caserío de Ri, cerca de Tours, el día catorce de noviembre del año mil seiscientos uno, bebió abundantemente el Beato, quien, en María Corbin, tuvo a una madre que con sus oraciones, con sus virtudes, con su ejemplo infundió en aquella alma las profundas raíces de aquella fe que conoce las luchas, y que sola posee la ciencia de las victorias sobre las tempestades.

Como la palma, al asomar al mundo Juan Eudes está en el desierto. Mal radicado, el tierno brote hubiera muerto, y arrancado por el viento, hubiera yacido sobre las arenas. Pero el árbol que tiene profundas raíces y abundante linfa no sufre por las tempestades. El viento que quisiera arrebatarlo no haría más que agitar sus hojas susurrando. Nutrido de fe nuestro Beato, consagrará su vida a los pensamientos, a las obras, a las esperanzas de la fe. A los doce años recibe por primera vez la sagrada Comunión; a los quince comienza ya sus estudios superiores en el colegio de los Jesuitas de Caen; todavía minorista, y bajo la dirección del célebre Berulle —más tarde cardenal de la Iglesia Romana—, comienza a predicar con éxito asombroso, logrando la conversión de muchas almas. Y ya el año mil seiscientos veinticinco Monseñor de Pericard, obispo de Arranches, lo ordena sacerdote.

Y ahora, cómo describir el ardor, el celo, las virtudes que fomenta en su espíritu aquel nuevo

levita, poseído como está de su misión divina, de su dignidad altísima, de la gracia que le ha sido concedida, llamado por Dios para dispensar sus misterios, para continuar su obra de redención en la tierra, para perpetuar entre los hombres la memoria, la doctrina y las tradiciones del Calvario.

Vuelvo a la imagen de la palma, que surge, no cuscuta parásita y rastrea, no árbol enano que, esclavo e ingnorante de las alturas, se vigoriza a flor de tierra con ramos bajos; sino a la palma que recta, sin divisiones, rápida y elegante se eleva al cielo. Cada hoja que nace, pronto se retira para dar origen y sustento a otra más sublime; sola, en alto, se desarrolla la yema por la cual el árbol crece; después, allá en la cima, las grandes hojas ávidas del sol, que en el sol purifica lo que les da la tierra y a la tierra devueven en fruto copioso y sazonado.

Antes que en las obras externas, yo quisiera que este florecer de la palma lo contempláramos en el interior, en el alma del Beato Eudes que erigido, sin divisiones, sin ramos que toquen la tierra y procediendo como de hoja en hoja de virtud, continuamente sube y, suspirando por Dios, único Sol de Justicia, en El se purifica siempre, y solamente en su amor divino madura frutos copiosísimos de salvación para sus semejantes.

Hemos de pasar por alto sus misiones de Rouen y en Saint-Malo; hemos de silenciar su amor intenso hacia los Corazones sacratísimos de Jesús y María; hemos de callar su abnegación heroica cuando durante el año de mil seiscientos treinta y ocho, expone a cada momento su vida asistiendo espiritual y materialmente a millares de enfermos atacados de la terrible epidemia que diezmó la Francia. Es necesario, para no cansaros, precipitar el discurso y detenernos un momento más a contemplar sus dos obras maestras: La Congregación de Jesús y María para la enseñanza del clero, y el Refugio de Nuestra Señora de la Caridad para las Magdalenas arrepentidas. La primera de las dos fundaciones respondía admirablemente a las necesidades de su tiempo; la segunda responderá siempre en todas las épocas a una gran necesidad social, vale decir, a la regeneración de la mujer por medio del arrepentimiento y del amor.

Allá en los tiempos de la Edad Media, el célebre Lotario, que gobernó la Iglesia con el nom-



bre de Inocencio III, y cuyo Pontificado ha sido uno de los más gloriosos, vió en sueños una noche que la principal de las basílicas romanas, la Iglesia de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias, bamboleaba en sus cimientos, se agrietaban sus paredes, se derribaban sus arcos, y toda ella se rendía a su gran pesadumbre. Pero dos gigantes de fuerzas extraordinarias aparecen para sostenerla y sobre sus hombros llevan el coloso y aploman sus columnas y traban sus agrietadas bóvedas y embellecen y restauran sus muros ennegrecidos. Aquellos dos hombres eran Domingo de Guzmán y Francisco de Asís.

¡Cuántas veces se ha repetido en la noche del tiempo ese sueño misterioso! ¡Cuántas veces se ha visto amenazada de ruinas la Iglesia de Jesucristo! ¡Cuántas veces ha suscitado Dios varones insignes en santidad y doctrina para restaurarla!

Y así un día vemos aparecer como gigantes, y florecer como palmas y multiplicarse como cedros del Líbano, a Ignacio de Loya y a Juan Bautista de la Salle y a José de Calasanz y a Vicente de Paul y a nuestro Beato Juan Eudes, casi todos de una misma época, quienes se levantan para mantener siempre incommovible el edificio de Jesucristo.

No tuvo jamás la Iglesia mayor necesidad de esos varones que en el siglo XVII. Escuchábase, en verdad, todavía en Francia la robusta elocuencia de Bossuet; Bourdaloue y Masillon hablaban todavía con claridad evangélica en presencia de los reyes; la pluma de Pascal escribía admirablemente a favor del cristianismo, y razonaba por doquiera, atrayendo los corazones, la suave, la armoniosa, la clásica palabra de Fenelón. Sin embargo, en Francia, como en casi toda Europa, comenzaba a sentirse el fuego abrasador de los desiertos. La opulenta corte de Luis XIV lo había corrompido todo. Y corrompida la nobleza, corrompido el pueblo, corrompido el clero, ninguna institución más cristiana y patriótica que la fundada por el Beato Eudes el año mil seiscientos cuarentiocho. Su fin es la educación de los jóvenes levitas y la moralización del pueblo por medio de la sencilla y apostólica predicación del Evangelio. Así realiza el Beato Eudes una vez más el sueño misterioso de Inocencio. Así trabaja ese nuevo

Simón, hijo de Onías, gran sacerdote que durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor y fué el verdadero restaurador del templo: "Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum et in diebus suis corroboravit templum". (*)

"Fué como el olivo que retoña y como alto cedro entre pequeños árboles sobre el Monte Líbano". "Fué como hermosa palma cercada de renuevos"... "En sus días se abrieron copiosísimos los manantiales... y se llenaron sobremano como mar": "In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum et quasi mare adimpleti sunt supra modum". (*).

Pero pasemos ya a la última caritativa institución que responde al alto fin social de la regeneración de la mujer por medio del arrepentimiento y del amor.

No indagemos, hermanos, las causas íntimas de la degradación de la mujer; señalemos simplemente los hechos, y repitamos una vez más que sobre las rodillas de las madres es donde se forma el porvenir de las naciones.

Donde no hay madre, no hay hogar; donde no hay hogar, no hay sociedad; donde no hay sociedad, no hay nación. Cuando faltaron a Roma sus Domitilas y Lucrecias, desaparecieron las matronas de la gente Flavia y de la gente Pomponia, no hubo más Escipiones, ni Marios, ni Pompeyos. Así en todas las partes; así en los grandes imperios como en las pequeñas repúblicas; así ayer como hoy. En todos los pueblos, a medida que se prostituye la mujer y se le niega la veneración y el respeto que les son debidos, desaparece también el espíritu público y hasta la dignidad y vida de la nación misma.

El hombre, humanamente hablando, no ha hecho otra cosa en todo el curso de la historia que acumular injurias contra su compañera; leed las legislaciones de los países no cristianos, y veréis siempre a la mujer, o en la nostálgica soledad de los harenes, o en la asquerosa abyección del lupanar. Mientras duran en ella las gracias pasajeras de la edad juvenil, cuenta por centenares los adoradores; pero estos huyen a medida que

(*) Eccles. L. I.

(*) Eccles. L. 3.



descienden los años, y muchas veces los mismos que entonaban himnos de pleitesía y rendimiento a esas deidades, se avergüenzan de haber rendido culto al arte engañoso del afeite que lucha en vano por sostener una ruina misteriosa y oculta. ¡Cuántas veces se despedazan esos ídolos y se echan al muladar como muebles inútiles, gastados por el uso, que nos fastidiamos de ver en nuestra casa!

Volvamos al desierto y contemplemos otra vez la palma. De esas arenas inflamadas y estériles sería locura, esperar un pétalo de flor o una brizna de yerba. Sin embargo ¿quién conoce las vías ocultas de la Providencia? ¿No tendrá Jesucristo acaso imitadores que sepan continuar en su Iglesia, para bien de la sociedad y dignificación de la mujer, las tiernas escenas de arrepentimiento y de amor que presencié el caserío de Bethania cuando la conversión de María de Magdalena? Bajo esas arenas ¿no se hallará también la vida? ¿No correrá acaso el agua misteriosa de la caridad para que esas plantas estériles abran sus ramas y sus flores al sol?

¡Pobres criaturas! ¿No érais vosotras las arenas inflamadas de las pasiones, hijas del lodo, arrebatadas por el viento, como el polvo de las calles, con almas estériles, sin ramos que se extendieran al cielo, sin flores de esperanzas, sin frutos de virtud? ¿Cuál institución ha cuidado de vosotras? ¡Ah!... El hombre os mira siempre como su ludibrio y el legislador humano, después de tantos ensayos y meditaciones, no ha encontrado para vosotras más solución que la triste soledad de un hospital o la sombría lobreguez de una mazmorra.

Mas el hombre de Dios, el imitador de Jesucristo, bajo esas arenas entrevió la vida. Aún en los secretos de corazones que parecen abyectos ¡cuántas veces hay tesoros de virtud destinados al Cielo! En las minas de Africa el cavador recoge un guijarro, negro, áspero, informe; da un martillazo, cae la corteza, brota un destello: es un diamante. Moralistas, sociólogos, legisladores, filósofos, poetas, han escrito páginas admirables acerca de las víctimas de culpables o forzados abandonos, acerca del desprecio de nuestras flores delicadas que bajo el fango de la calle, o bajo el oro corruptor del depravado, se ven despedazadas antes de abrirse,

¡Cuán grande concentración de arte y de filosofía; pero qué mezquino caudal de amor, de socorro y reparación! No nos ocupemos de quien mucho dijo y nada hizo. Ensalcemos a nuestro Beato, que, a imitación de Cristo, sentado al borde del pozo de Jacob, dió de beber a la pecadora arrepentida y sedienta el agua misteriosa de la vida eterna. Con la fundación del Retugio de Nuestra Señora de la Caridad, el Beato Eudes arrebató muchos cuerpos a las enfermedades y muchas almas a la muerte de la ignorancia y del pecado.

Mas cese ya nuestra palabra, y de hinojos ante la majestad y grandeza de Dios, entonemos el cántico de agradecimiento por habernos dado en el Beato Eudes un nuevo modelo de virtudes que imitar y un protector más que aliente nuestras consoladoras esperanzas.

Hijos del Beato Eudes, mirad a vuestro padre: ¡está en la gloria! El os ha destinado a ayudar a este pobre a restaurar el dificio de Jesucristo en esta Iglesia, la primera de América que recibió el Evangelio. ¡Floreced como palmas, multiplicáos como cedros del Libano, para que podáis seguir esparciendo entre nosotros el suave aroma de vuestras virtudes!

"Herederos de Zorobabel, acordáos que debéis reconstruir los muros y las torres de la ciudad Santa". Recibid en este momento solemne el público testimonio de Nuestra gratitud, por haber respondido diligentemente a Nuestros llamamientos, y permitidnos hacer Nuestras las palabras de Pedro, príncipe de los Apóstoles, cuando respondía allá en el pórtico del templo a las súplicas del infeliz mendigo: "Argentum et aurum non est mihi"; —no tengo oro ni plata "quod autem habeo hoc tibi do": —te doy sin embargo todo lo que poseo—. Por un rasgo sublime de la infinita bondad y misericordia de Dios, Nos ha sido concedido el poder de bendecir. En el nombre, pues augustísimo de Jesús, supremo Pastor de vuestras almas, padre, y obispo de todos los obispos, yo, el último de ellos, os bendigo; bendigo vuestra Congregación, bendigo vuestros trabajos, bendigo a vuestros hermanos ausentes y a vuestro dignísimo y venerable General y Prelado,

(*) Act. Apost., III, 6.



Cuando, hace ya cinco años, un Eminentísimo Príncipe de la Iglesia Romana Nos consagraba y constituía en la dignidad episcopal, todo en torno Nuestro era desierto; pero creció la palma, y sus ramas, su copa, sus flores, miradlas en la luz, en la gloria, en los esplendores de Dios .

¡Palmas del Beato Eudes, floreced! Floreced en la fe, en la caridad, en las obras de vuestro Beato Fundador. Floreced en el tiempo, para que recojáis el fruto en la inmortalidad.

(19 de diciembre de 1909).

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO "LA REPUBLICANA" EN ABRIL DE 1910, CON MOTIVO DE LOS JUEGOS FLORALES NACIONALES CUYO CONSISTORIO PRESIDIA EL DR. NOUEL (*)

Señor Presidente de la República,

Damas gentilísimas,

Señores:

Sería casi inexplicable mi presencia en este lugar, si no os dijera que los entusiastas iniciadores de este festival, con amable galantería y cortés insistencia, me invitaron a presidir estos Juegos Florales.

Y si para alguno puede ser motivo de extrañeza el que os dirija en esta noche la palabra, mayor será su asombro cuando diga que, sólo después de mucho meditar, encontré como razón única para que se me designara este honroso sitio la de mi decidido amor y entusiasmo por todo cuanto representa en mi patria un adelanto en cualquier orden de la actividad humana.

Y en efecto, señores, con estas fiestas de la inteligencia, más que con cualesquiera otras, se honra y dignifica a la República.

Porque ¿cuál tributo más alto y noble que el de ofrecerla en estos certámenes, junto con la flor de la sabiduría, la savia de una grande y poderosa voluntad, que al abstraerse ante los resplandores de la luz, se aleja más y más de las impurezas de la realidad?

Los nobles campeones que han concurrido a disputarse el premio en esta justa del talento, todos, aún aquellos que no alcanzaron la victoria, son merecedores de ferviente elogio. En el torneo algunos fueron los vencidos; pero como los antiguos caballeros forrados de hierro, templados en una batalla sin tregua, recobrarán nuevas fuerzas para entrar otra vez en el combate con el mismo ímpetu y con igual ardor.

¡Ah, señores! Acabo de nombrar a los arrogantes castellanos feudales cuyo recuerdo va unido a un largo período histórico, —el de la Edad Media— iniciador de estos torneos.

Estamos en pleno feudalismo: los últimos rayos del sol iluminan los torreones levantados en la agria montaña y de las almenadas fortalezas bajan al llano los representantes de la fuerza bruta a cometer todo género de exacciones y a entregarse a los más desenfrenados apetitos. Era el momento, dice un historiador contemporáneo, no de la palabra, sino de la acción, y de la acción puramente material.

Mas, si es verdad que hubo cerrazón y tinieblas, cuando los reyezuelos y nobles, a fin de estar prestos para la lucha, tenían sus caballos enjanzados en la misma estancia en que dormían, también es cierto que bastaría evocar los nombres gloriosísimos de Tomás de Aquino y de Dante Alighieri, para llenarnos de admiración y asombro.

Poco importa, señores, el criterio que se adopte para juzgar la obra de esos genios y sobre todo

(*) De *Ateneo*, S. D., N° 4, mayo, 1910.



la del cantor de la epopeya cristiana: nada aminorará la gloria del gran poeta florentino. Han transcurrido seis siglos, y el joven enamorado de Beatriz de Portinari es todavía el gran Maestro. A él mejor que a ningún otro artista podemos aplicar su propia estrofa:

*"O degli altri poeti onore e lume,
Vaigliami il lungo studio e il grande amore,
Chem'han fatto cercar lo tuo Volume.
Tu se' lo mio maestro e mio autore
tu se' solo colui, da cui io tolsi
Lo bello stile, che m'ha fatto onore".*

(Infierno, Canto 1.)

En sus cantos inmortales encontraréis, como en las crónicas rimadas de troveros y trovadores, aquella fe inmovible en un ideal de grandeza, aquel amor casi inextinguible y aquella sublime devoción a la patria, que forman, digámoslo así, la base fundamental de estos torneos de la inteligencia.

No negaremos que las costumbres político-guerreras de aquellos tiempos tenían tal sello de crueldad y de barbarie que parece imposible, aún a través de los siglos transcurridos, que pudieran dulcificarse los sentimientos en las sociedades que estuvieron bajo su influjo y dominación.

Mas, el hecho es, señores, que no obstante aquel conjunto inaudito de guerras, de anarquía y de desdichas públicas, la canción de gesta ablandaba el corazón, y los mismos barones, encerrados en sus castillos, se humanizaban al escuchar la voz dulce y armoniosa de juglares y menestrales, cuando cantaban las proezas de Olivero o de Amadís de Narbona.

Cumplióse la ley inexorable de la evolución y, en las sociedades de Occidente, al feudalismo

se sustituyeron las nuevas nacionalidades con su perfil propio, con su fe ardiente, con su arte espléndido.

Lo mismo ha acontecido entre nosotros: durante siglos nuestra condición fué la de colonos, hasta constituirmos en nación libre y soberana. Y no creáis, señores, que por lo borrascoso de nuestra vida independiente, esté desgarrada nuestra historia. Nó: la labor incesante del pensamiento colectivo, después de tantas vicisitudes y tan graves dificultades como se levantaron para impedir el desenvolvimiento intelectual de nuestra sociedad, se esparce y se dilata con impulso cada vez mayor. Esta fiesta de la inteligencia lo está pregonando por modo elocuentísimo. Ella, la inteligencia, es la única que salva y engrandece a las naciones y a las razas. No por Maratón y Salamina vive vida inmortal la patria de Platón y de Aristóteles. De Grecia, sin sus academias y sus peripatéticos, sin sus filósofos, sus poetas y sus artistas, no hubieran sobrevivido, tal vez, ni los recuerdos!

Y Roma, la gran urbe, existe todavía, no porque conquistara el Ponto y paseara victoriosa sus legiones por los asoleados inmensos arenales de Africa y se posaran sus águilas en las orillas del Rhin. Ella vive y es eterna, porque con sus DOCE TABELAS y con su DERECHO QUIRITARIO fundó el Capitolio.

Proseguid, falange nobilísima de intelectuales, jóvenes estudiosos de mi patria, proseguid vuestra labor civilizadora; limad con el acero de la inteligencia las duras asperezas de la realidad y habréis levantado a la República un monumento más duradero que el granito de nuestras montañas, más alto que las eminencias de nuestras cordilleras, y tan noble, y tan grande, y tan glorioso, como su libertad!



DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL EL DÍA 27 DE FEBRERO DE 1911,
APOTEOSIS DE ANTONIO DUVERGE (*)

*Inclyti Israel Montes tuos interfecti sunt;
quomodo ceciderunt fortes?*

*Los inclitos varones de Israel han sido
...muertos sobre tus montañas: cómo
cayeron los fuertes?*

Lib. II Reg., I, 19.

Tales fueron, señores, los doloridos acentos del canto fúnebre que entonó Israel al recibir la triste nueva de la derrota de su ejército y de la trágica muerte de su rey y de sus príncipes: ilustres y valerosos hijos de Israel, en vuestros escarpados montes y en vuestras fértiles llanuras os ha dado muerte el extranjero: *Inclyti Israel, super montes tuos, interfecti sunt*. ¿Por qué han caído vuestros valientes, derribados por el viento impetuoso de la guerra? *¿Quomodo ceciderunt fortes?* Más ligeros que las águilas, volaron al combate; más feroces que los leones, se arrojaron sobre sus contrarios: *Velocioris aquilis, leonibus fortiores...* (II Reg., I, 23;) Montes de Gelboé, ni el rocío ni la lluvia caigan ya jamás sobre vosotros, ni campos haya de donde sacar la ofrenda! ¿Por qué yacen en tierra nuestras armas, mientras celebran los enemigos con estruendosa algazara la gloria de su triunfo? *¿Quomodo perierunt arma bellica?* (Reg., I, 21).

No de otro modo, señores, lamentábase la infortunada Quisqueya durante la noche interminable de la dominación haitiana. Ella presenció aquí el ultraje de sus vírgenes; ella huyó horrorizada ante las hecatombes de Moca y de Santiago, y vió su cielo entristecido, enlutados sus hogares y segadas en flor sus más risueñas esperanzas. Sí, señores: nuestros progenitores presenciaron la humillación de la Patria y vieron pasearse triunfalmente el pabellón enemigo de río a río en

todo el territorio; ellos contemplaron las ruinas de ciudades y de pueblos, y oyeron los desgarradores acentos de poblaciones indefensas.

Mos, un día, celebrísimo en los anales de nuestra historia, en una hora suprema de dolor y de esperanza, la Patria ultrajada dirigió a sus hijos la mirada suplicante y los afectos ternísimos con que la madre de los Macabeos invitaba a los suyos al martirio: *Peto, nates a tí clamo, oh juventud querida!, mi honor, mi gloria y mi corona. Leva in circuitu oculos tuos et vide: filii tuis de longe venient. et filia tuae de latere surgent.* (Isaías, XLIX). Tras esos montes en cuyas faldas gime en zozobra la histórica ciudad de mis recuerdos, allí se encuentran los enemigos de mi nombre y de mi gloria. *Muy cerca están...* Oyen todos los días la voz de mis campanas, y hasta mí llega, inoportuno el eco de sus clarines y de sus dianas. Vuela, pues, sin tardanza al campo del honor y sacrifícalo todo por servirme. ¿Eres acaso el hijo mimado de una anciana venerable, el báculo de su vejez y la gloria de su fecundidad? ¿Eres el consuelo y la dicha de una tierna esposa, tesoro de encantos para tu corazón? ¿Una corona de ángeles que te llaman "¡padre!" circunda tu alegre mesa y te colman de caricias? No importa; mi amor domina todos los amores. Vé, pues, a la muerte: *suscipe mortem!* para sellar con tu sangre el último generoso esfuerzo que debo hacer para salvarme.

Y diciendo adiós al brillo de las riquezas, a la seducción de las honras y los honores, al halago de los placeres y al encanto del hogar, después de lanzar el grito heroico de *independencia o muerte*, allá en lo alto del histórico Baluarte, fueron, señores, nuestros antepasados a pelear como valientes y a morir como buenos en las cruentas batallas del Rodeo y Las Marías, de Guayubín y

(*) Es evidente que en la introducción de este discurso Monseñor Nouel tomó de modelo —seguramente con el propósito de darle luego forma definitiva, ya que no lo dió a la es- Arzobispo de Lima, el 15 de enero de 1884 en honra de los mártires de las batallas de San Juan y Miraflores, Perú. Véase esta bellísima oración en *Obras del Illmo. y Rldmo. Dr. D. Manuel Tovar, Arzobispo de Lima. Sermones y Conferencias*, Lima, 1904, vol. I p. 407. (Publicado, con variantes, en *La Voz Yuna*, Bonao, Nº 38, 24 oct., 1935. Figura en la colección de J. Enrique Hernández).



Talanquera y del Puerto, y a apagar para siempre en los campos de Sabana Larga en 1856, el fuego mortífero de enemiga artillería.

En un inmenso lago de sangre, siniestramente iluminado por los resplandores del incendio, quedó flotando victorioso el pabellón de la República... Sus hijos derramaron su sangre como agua: *effunderunt sanguinem suum tanquam aquam in circuitui Jerusalem*, (Pe. LXXVIII, 3). Los corceles enemigos trotaron impetuosos hacia occidente sobre montañas de carcomidos escombros y de mutilados cadáveres, *et non erat qui sepeliret*, y no hubo quien sepultara los muertos.

Y desde entonces la República, después de haber soportado "con la altivez de una reina cautiva" (*)" y por espacio de veintidós años, el yugo del vencedor, ha venido varias veces, enlutado el manto de la libertad y "con el supremo encanto que el dolor imprime a la belleza", a regar con sus lágrimas el pavimento del santuario, y a depositar sus ofrendas en la tumba de los héroes.

Ella no ha venido sola, señores: sus magistrados y sus próceres, sus ancianos y sus vírgenes, sus jóvenes y sus matronas, han formado siempre el fúnebre cortejo de esta Madre querida que, buscando, como busca el avaro su tesoro, los despojos mortales de sus hijos ilustres, los ha traído aquí a la casa de Dios, única eterna mansión de la justicia y de la paz.

Hace ya algunos años fueron colocados en esa misma tumba los restos de Duarte y de Sánchez, padre de la Patria el primero, y maestro del sacrificio el segundo. Ayer se colocaron los de Mella, el heroico soldado del Conde y Capotillo. Hoy colocamos con la misma veneración y gratitud los del invicto General Duvergé, mártir esclavido de la obediencia militar y del respeto a las instituciones. Mañana colocaréis otros que yacen todavía en tierra extraña o duermen en ignoradas sepulturas el sueño de la injusticia y del olvido.

Y aquí, señores, debiera terminar nuestra humilde palabra. ¿A qué repetir historias que vos-

otros sabéis? ¿A qué recordar hazañas escritas ya en el libro de la inmortalidad? ¿A qué renovar los dolores y abrir de nuevo las heridas de la Patria?...

Además que para hablar dignamente del héroe que nos ocupa, debiéramos poseer el verbo de Meriño en su oración fúnebre de Duarte; la vigorosa elocuencia con que glorificó Cicerón a los muertos de la Legión Marcia; la brillantez con que ensalzó Pericles a los soldados de Atenas, y la ternura dulcísima con que cantó Bernardo los hechos inmortales de los mártires cristianos. Aquí debiéramos terminar y señalándoos la urna que guarda las cenizas mortales de nuestro héroe, decirnos solamente: ¡VENERADLAS!

¡Mas, oh vergüenza y dolor!... *Quomodo ceciderunt fortes?* Más veloce que las águilas, volaron al combate; más feroces que los leones, se arrojaron sobre sus contrarios. ¿Cómo, pues, han desaparecido los fuertes? *Vox in Roma audita est: ploratus et elutatus multus*. (Mateo, II, 18.). Hasta en Roma se oyeron voces, sollozos y alaridos. Y es que la infortunada Raquel llora a sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen. Y es que el valiente soldado, cuya apoteosis celebramos, héroe del Número, del Puerto y las Caobas..., es que el invicto General Duvergé, que expuso su vida en cien combates durante las guerras de 1844, 45 y 49, yace en tierra, derribado por el impetuoso huracán de las pasiones.

Sobre ignominioso patíbulo, con la frente sobre la húmeda tierra, sin una almohada donde reclinar su cabeza cargada de laureles, sin tener a su lado una mano amiga que cerrara sus ojos, aquellos ojos que centellearon un día como rayos en los campos de batalla, sin más compañero que Dalmau, Albert, Concha y su hijo Alcides, sin luces, ni flores, ni sudario, fué ingnomiosamente fusilado el día once de abril de mil ochocientos cincuenticinco.

En aquel momento los primeros rayos del sol iluminaron con tenue claridad los míseros funerales del Generalísimo de nuestro ejército, que con su espada resplandeciente trazó en el cielo de la primera República espléndidos torrentes de luz de libertad y de grandeza patria; que llenó con la fama de su nombre, con el heroísmo de sus proezas,

(*) P. Zacarías Martínez Núñez, *Discursos y Oraciones Sagradas*. Madrid, 1907.



las inmensas llanuras del Sur y los escarpados montes de la frontera.

Pero ¿"Quomodo ceciderunt fortes? Quomodo perierunt arma bellica? ¡Ah! No fueron por cierto las balas enemigas las que atravesaron el pecho del gran Tirteo, en el campo de la dignidad nacional; fueron proyectiles fratricidas lanzados contra él por una tiranía aconsejada por la envidia, por la ambición, por el egoísmo, por la ingratitud, por todas las maldades.

Mártir de la obediencia militar y del respeto a las instituciones, prefirió la injusta prisión a bordo de la goleta "27 DE FEBRERO" que contra él dicta el General Santana, a los inicuos beneficios y degradantes mercedes que le hubieran podido caer en la cuartelada de mayo de mil ochocientos cuarentinueve.

Mártir de la obediencia, prefiere la ruina total de su fortuna y hasta el sacrificio mismo de su vida, a quebrantar sus juramentos de fidelidad a los principios, dejando a sus conciudadanos el ejemplo de las virtudes cívicas más necesarias a un pueblo: la obediencia y el respeto.

Y a la verdad, señores, sin estas dos virtudes es inconcebible en una nación la justicia, ni son concebibles tampoco el orden, ni el poder. Algunos han creído que un ejército fiel, con un general afortunado, tienen en la punta de sus ballonetos todo el secreto de un gobierno durable. Pero un ejército fiel y un general afortunado están, como todas las cosas humanas, en la mano caprichosa y contingente de la suerte, y la Historia nos enseña que ninguna autoridad ha sido menos respetada que la autoridad de los soldados. Por una especial providencia de Dios, a quien debemos darle gracias, desde el momento en que en un pueblo no domina más que la espada o el yelmo, son mortalmente heridos la justicia, el orden y el poder.

El Senado romano, señores, es la institución humana más grandiosa que haya existido a través de los tiempos. Pues bien: ¿cuál fué la causa íntima de su perdición y de su derrumbamiento? La desobediencia.

En los primeros días de enero del año 704 de Roma, y 49 antes de Jesucristo, el Senado romano hizo saber a un capitán que se llamaba César y

que venía victorioso de las Galias, que no debía pasar los límites de su departamento militar. César reunió a sus amigos, reflexionó un instante y pasó el Rubicón. Desde aquel momento, señores, ya no existía Roma, y si siguió viviendo, fué para caer de César en Tiberio, de Tiberio en Cayo, de Cayo en Nerón, de Nerón en Heliogábalo, de Heliogábalo en todas las extravagancias, en todas las injusticias, en todos los crímenes. Y si siguió viviendo, fué para verse ultrajada y vilipendiada por aquellos monstruos coronados, hasta el extremo de soportar la injuria más grande que jamás se ha inferido al decoro y a la dignidad humana.

Uno de aquellos Césares —Nerón, después de recrearse con el incendio de Roma y con el gemido de las víctimas que hacían las veces de teas flamígeras en sus paseos y avenidas, en sus orgías y en sus festines, dispuso que se convocara extraordinariamente al Senado. Y aquellos Padres Conscriptos que en otro tiempo, con tanto acierto, habían llevado en los pliegues de su toga los destinos del mundo, se reunieron para complacer a un César inapetente que les había ordenado decretar cuál era la mejor salsa en que podía condimentar un pescado.

Para mayor castigo del servilismo e injustificada obediencia del Senado, otro César nombró Senador a su caballo, y lo mandó un día enjaezado a tomar posesión de su curul, arrastrando de esa manera la institución más alta del poder pagano hasta lo más profundo del vilipendio y del desprecio.

Por el contrario: Esparta llega a la cumbre de la gloria, del orden, de la justicia y del poder, cuando sus hijos allá en los riscos de las Termópilas, graban en la árida roca la fórmula solemne de la obediencia y del respeto: "Retrocede, oh caminante!, y ve a decir a Esparta que aquí hemos muerto por defender sus santas leyes".

Y ese epitafio gloriosísimo de los trescientos, muy bien pudieran esculpirse sobre la tumba de nuestro héroe. Por respetar las instituciones y obedecer a las leyes, murió sobre un cadalso el General Duvergé. El supo escribir con su sangre en los enlutados anales de la patria la divisa inmortal de la lealtad y del honor: "*Potius mori quam foedari*": antes la muerte que la infamia. Para



ejemplo de gobernantes y gobernados resolvió el gran problema de la vida rodando gloriosamente a las sombras insondables de la muerte.

Y ciertamente, señores, todos morimos; de la misma manera que todas las aguas se congregan en la inmensidad de los océanos, así todas las generaciones humanas se juntarán un día en el arca misteriosa del sepulcro... mudo y frío, solitario y lleno de pavorosas tinieblas, cubierto con las espesas sombras de la tristeza y del olvido...

Pues, bien señores: iluminar esas tinieblas con los resplandores de la virtud, del genio o de la gloria; disipar esas sombras con el recuerdo imperecedero de grandes y nobles empresas; imponer a una nación entera el sincero homenaje de la admiración y del respeto, atrayéndola con fuerza irresistible al dintel de una tumba querida, para consagrarla con sus plegarias y humedecerla con sus lágrimas, todo eso significa y se llama: *Morir bien, morir por una gran causa, morir por la Patria.*

Por ella, por obedecer a sus leyes, por el aca-

tamiento a sus dictámenes, murió el General Duvergé, y por eso resolvió la Junta iniciadora de su apoteosis, a quien cabe toda la gloria y prez de esta reparación patriótica, trasladar sus restos mortales a esta tumba, consagrada ya por la gratitud de la República, como desagravio a nuestros compatriotas de ayer, como norma de conducta para los hombres de hoy, y como faro luminoso y guía para las generaciones del porvenir.

Conciudadanos: honremos la memoria e imitemos el ejemplo de este grande, porque sin las virtudes que exornaron su alma y presidieron sus hechos no tendremos jamás sino una *Patria enferma*, y porque sin ellas nunca germinará y errumpirá en espigas el sacrosanto ideal de redención nacional.

Y pues habéis querido que los labios del sacerdote cristiano se abrieran en esta solemne ocasión para cantar las proezas del hermano muerto, en el nombre augusto de la religión de nuestros padres, elevemos al Señor la suprema oración de la esperanza cristiana. *Domine, dona ei requiem.*

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DESPUES DEL TE-DEUM CANTADO CON MOTIVO DE LA JURA DEL SR. ELADIO VICTORIA COMO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA; DIA 27 DE FEBRERO DE 1912.

La Historia de la emancipación política y de la libertad, señores, es siempre la misma en todas las naciones: un gobierno despótico que oprime, un pueblo desgraciado que sucumbe y un puñado de héroes que liberta...

Así, los refugiados del Norte, tuvieron en las praterías del siglo XVIII, un Washington que los emancipa; Morelos e Hidalgo, clavaron en el Tepeyac la enseña de la libertad; Morazán y Delgado en Centro América; O'Higgins en la antigua Araucana; San Martín en las inmensas pampas de la Argentina; Toussaint y Dessalines, los primogénitos de la independencia latinoamericana, en las montañas de Haití; y Bolívar, el padre y libertador de Venezuela, se levantó por encima de las nevadas eminencias de los Andes y proclamó la libertad de cinco repúblicas, con una voz más resonante y magestuosa que el ruido atronador

del Tequendama; y Macáo y Martí, en Punta Brava, sellaron con su sangre la última etapa de la libertad americana...

Pero el hecho que compendia la historia de todas las libertades, es el arribo de Espartaco al pie del Vesubio y enfrente del mar de Nápoles. Conmueve con su palabra al pueblo oprimido, levanta la bandera de la rebelión, derrota a los generales romanos y rompe las cadenas que le ataban a la esclavitud...

Y tuvimos también nuestro Espartaco, y la cima del Vesubio, fué la eminencia del Conde; y su lava y su detonación, y sus rugidos, el disparo de Mella; las apacibles aguas del mar de Nápoles, fueron las encrespadas olas del mar Caribe...

Desgraciadamente después que a la opresión sucedió la libertad y a la tiranía sucedió la repú-



blica, comenzaron a condensarse sobre el cielo azul de la Nación, las negras nubes de las discordias civiles...

Si queréis, pues, conservar en todo su esplendor la Patria por la cual murieron nuestros padres; si queréis, ciudadano Presidente, ser siempre fiel al solemne juramento que acabáis de prestar en el seno de la Representación Nacional, levantad en el santuario de vuestro corazón un altar y no permitáis jamás que allí se queme incienso al medio, a la adulación o a la lisonja. En esa ara santa sólo debe officiar como pontífice máximo el Derecho, y como sacerdotisas augustas la Ley y la Justicia!...

Si os echáis en brazos de un partido, faltaríais a vuestro juramento y vendríais a ser, no el Presidente de todos los dominicanos, unidos en el

amor y en la concordia, en el sagrado suelo de la Patria; sino el caucillo odioso de una bandería, o el indolente patriarca de una tribu!

Oíd, ciudadano Presidente, las palabras de un padre y de un amigo: colocad a DIOS por encima de todo, porque él es el manantial y la fuente de todo poder y de toda autoridad.

En la historia de nuestras libertades lo encontramos como principio de nuestra vida nacional. En nuestro escudo hallaréis la cruz de Jesucristo y el código inmortal de su Evangelio...

Regad el suelo endurecido de la Patria con el rocío de la caridad y del perdón: derramad el bálsamo de la concordia en los corazones, y brotará lozano en la República el árbol sagrado de la libertad!...

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE LA ASAMBLEA NACIONAL EL DIA 1 DE DICIEMBRE DE 1912. EN OCASION DE LA TOMA DE POSESION DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA (*)

Ciudadanos Representantes:

Me congratulo al veros reunidos en este recinto de las leyes, y sean mis primeras palabras el testimonio de profundo agradecimiento para esta augusta Asamblea por la honrosa designación que ha hecho de mi persona para ocupar interinamente la Presidencia de la República hasta tanto pueda ser elegido el Presidente definitivo.

De hinojos ante la imagen de la Patria, vengo desde hace tiempo llorando amargamente con ella su enorme desventura. Y cuando el clamor del patriotismo resonó en lo más íntimo de mi conciencia exigiéndome el delicado encargo de llenar en lo político y social la noble misión de Padre y de Pastor, puse a su servicio todas las energías de mi corazón y todo el aliento y entusiasmo de mi alma ciudadana.

Un año de guerra ha desangrado el país y aniquilado su agricultura y su comercio; aún humean los campos que devoró el incendio, teñida en san-

gre hermana se encuentra todavía la campiña que fecundó el esfuerzo; el eco de la fusilería repercute aún en las sinuosidades de nuestras vírgenes selvas; los ríos que no debieron sentirse oprimidos sino por las represas de la industria y por el peso de puentes colosales, ven correr sus aguas enrojecidas, y por las calles de muchas villas y ciudades desfila la macabra procesión de ciudadanos mutilados por la contienda, mientras centenares de huérfanos gimen, víctimas del desamparo y la miseria, en el regazo de madres desoladas.

Semejante angustiosa crisis ha producido una honda perturbación en el orden social y en el orden político hasta crear un estado de cosas que no puede subsistir por más tiempo sin peligro para nuestras instituciones de pueblo independiente y soberano; y ha traído como consecuencia inevitable una intervención extraña, una intromisión indebida, en nuestros asuntos interiores.

Esa guerra ha exaltado las pasiones, ha relajado los vínculos de la sociedad civil, y ha abocado a la República al abismo, porque le ha hecho perder el equilibrio económico y ha llegado a

(*) De La Lista, S. D., 1 dic., 1912.



temerse que a la larga no podría cumplir sus compromisos internacionales. Y es que, al invadir la zozobra y el desaliento a las almas dominicanas, también se resintió el suelo patrio por la ausencia de brazos que lo roturaran y arrojaran en él la semilla prolífica.

En tal emergencia, y sin poderse reprimir la insurrección que se ramificaba de día en día en el país, produciendo un profundo malestar y una gran inquietud en todos los órdenes de la vida nacional, ambas fuerzas disidentes —gobierno y revolución—, volvieron hacia mí sus miradas y me requirieron como mensajero de paz que podría traer a una solución de armonía y de concordia los más opuestos intereses y las más encontradas aspiraciones, sosegando los espíritus y devolviéndoles la tranquilidad a todos los que por virtud de tan críticas circunstancias habían perdido la esperanza de disfrutar de las bendiciones de la paz y de los beneficios del trabajo.

Ante tales requerimientos, Ciudadanos Representantes, consideré como indeclinable deber no asumir ningún empeño patriótico, ni dar la espalda a ninguna responsabilidad, por tremenda que ella fuese.

De más está decirnos que, a no ser porque las referidas circunstancias mueven mis sentimientos de ciudadano a hacer un sacrificio en favor del país y de la perdurabilidad de sus instituciones, y a no ser también por la voz alentadora del Pontífice que me instituyó Pastor de esta grey amadísima, no hubiera yo trocado el recogimiento de nuestros templos seculares por la abrumadora tarea de dirigir un pueblo, y por consiguiente habría declinado la alta investidura que acabáis de conferirme.

No tengo para qué decirnos tampoco que en el período de mi gestión gubernativa, habré de ajustar todos mis actos a la ley, y qué, tanto a este decidido e invariable propósito de mi voluntad de gobernante celoso del cumplimiento de mis deberes, como a la sensatez de mis conciudadanos —quienes, no lo dudo, habrán de ayudarme!—, fic el éxito de esa gestión.

Nadie ignora que en los actuales momentos el país necesita reponerse del quebranto que le ha causado la discordia; nadie ignora que de la cordura con que gobernantes y gobernados procedamos, depende la suerte de la República.

Es al precio de los sacrificios que todos nos

impongamos, haciéndonos mutuas concesiones en la transacción de nuestros intereses y de nuestras aspiraciones legítimas, como podremos conservar nuestro derecho a la vida de nación independiente y al ejercicio del gobierno por nosotros mismos.

Muchas son las reformas que hay que llevar a cabo para poder encauzar el país por la verdadera senda del progreso y de la civilización.

Yo me daré por satisfecho y me diré feliz si puedo establecer algunas y dejar otras iniciadas. Pero, de todos modos, mi lema puede resumirse en estas palabras:

TRABAJO, JUSTICIA, LIBERTAD.

Ellas encierran cuanto puede hacerse por la prosperidad moral y material de un pueblo libre, y yo sé que el pueblo dominicano está sediento de conquistar su bienestar por medio de esas manifestaciones de la organización jurídica en la cual deben tomar parte todos los ciudadanos cuyos cívicos deberes les imponen la obligación de contribuir eficazmente a la buena administración de la cosa pública.

En este solemne momento en que os habéis reunido para recibir el juramento con que me obligo ante Dios y ante la Patria "*a cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes de la República, y a llenar fielmente los deberes de mi cargo*". en esta hora suprema en que todos los dominicanos están comprometidos con su razón y con su patriotismo a dirigirse al porvenir por los luminosos derroteros que le traza la ley como única regla de conducta posibles para redimir al país de todos los males que le hemos ocasionado con nuestras pasiones y con nuestros personales egoísmos; yo os invito con todas las voces de mi corazón, a que me ayudéis en la delicada labor de bien general que vamos a emprender.

Y, cuánta sería mi satisfacción, ciudadanos Representantes, si me fuera dable decir mañana, cuando me descina la banda tricolor, símbolo del Poder, lo que decía un Jefe de Estado de este mismo continente americano:

Quiso la Providencia Divina escogerme como su instrumento para que cerrara el espantoso período de nuestras guerras civiles, y no me cansaré de agradecersele; porque es la más inefable de las satisfacciones restituir a la patria el goce de la tranquilidad.



DISCURSO DE MONSEÑOR NOUEL EN LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO, EL 19 DE ENERO DE 1919 (*)

Habebitis hunc diem in monumentum; et celebratis eam solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno. (Exod. XII-14.).

"Consideraréis este día como memorable, y lo celebraréis como fiesta solemne al Señor de generación en generación con cultos sempiternos".

Cuando Moisés, el gran legislador del Pueblo Hebreo, lo libertó del duro cautiverio de los Faraones; cuando después de innumerables trabajos y fatigas en los crenales del desierto; cuando después de haberlo alimentado milagrosamente y haber apagado su sed con el agua cristalina que hizo brotar de la dura roca; cuando después de haber resplandecido entre relámpagos y rayos en las alturas del Sinaí, llavaba en sus manos las Tablas del Decálogo; cuando después de haberse puesto en íntima comunicación con Jehová en las alturas del Monte Horéb; cuando ya se encontraba a la vista de la Tierra Prometida en las llanuras de Maob, frente a Jericó y a Nebo, en las vertientes de Fasga, sintiendo que se acercaba el momento de su muerte, y sabiendo que sus pies no debían humedecerse en las aguas cristalinas del Jordán, ni su rostro, ennegrecido por el fuego abrasador de los desiertos, debía refrescarse con la brisa suavísima del Tiberiades, reunió a su pueblo y promulgando sapientísimas leyes en el orden de la vida social y religiosa, dictóle este solemnísimos precepto:

"El día aniversario de vuestra liberación de Egipto lo consideraréis siempre como día memorable y lo celebraréis al Señor de generación en generación con culto sempiterno" "Habebitis hunc diem in monumentum; et celebratis eam solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno).

(*) De *Boletín Eclesiástico*... S. D., N° 22, febrero, 1919. En esta transcripción se ha utilizado también la colección del Lic. J. Enrique Hernández. Este discurso fue pronunciado con motivo de la Consagración de la Catedral después de la reconstrucción de su parte interior, efectuada por Nouel en los años 1916-1919. Los puntos suspensivos corresponden a palabras que no pudieron ser recogidas por el taquígrafo.

La idea de la Divinidad ha echado tan profundas raíces en el espíritu humano, que todos los hombres, cualquiera que sea la raza o la civilización a que hayan pertenecido o pertenezcan, han sentido su influencia.

En vano la duda ofusca las inteligencias, en vano las pasiones corrompen el corazón del hombre: la idea de Dios resiste a todos los ataques de la incredulidad y sobrevive a todas las pasiones, a todas las tempestades y a todas las ruinas. Y es por eso, por lo que en todos los tiempos los hombres han levantado templos y han consagrado altares. En la aurora de la vida cuando los primeros hombres se dispersaron llevando como herencia las nociones universales que son el fundamento de todos los sistemas teológicos y filosóficos, ellos llevaron a la realidad, en donde quiera que se reunía una tribu o se formaba una sociedad, el sentimiento de DIOS. Pastaba por entonces para revelar esos sentimientos aprovechar la piedra que rodaba de la alta montaña o utilizar el tronco carcomido de frondoso cedro, allá en las cavernas o en las chozas en donde ofrecían sus sacrificios y holocaustos cuyos vestigios debían decir a las generaciones futuras el origen de sus instituciones nacionales. Más tarde cuando la naturaleza nos abrió sus tesoros y penetró en las entrañas de la tierra la mirada escrutadora del hombre, el oro, el nírfido, el hierro, el toracio, la esmeralda, los diamantes, labrados por la mano del artista, y ennoblecidos por los destellos del genio embellecieron y enriquecieron también los templos y los altares...

Asia un día envió en los bajeles de Tiro y de Sidón sus metales más raros, sus mármoles y sus maderas más preciosas para la construcción de



aquel templo que es considerado como una de las maravillas del arte asiático...

Y cuando esos metales se fundieron, y esos mármoles se calcinaron, y esas maderas se redujeron a cenizas, sobre las piedras dispersas alrededor del templo encontró fuente de inspiración el Profeta de las amarguras y del dolor. *¡Quomodo sedet sola civitas plena populo!*... Las calles de Sión lloran por que no hay quien vaya a las solemnidades; destruidas están sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristezas sus vírgenes y ella oprimida de amargura. *Recordare Domine quid accidierit nobis: intueri, et respice opprobrium nostrum*, decía el Profeta; *Acuérdate Señor de lo que nos ha acontecido, mira y considera nuestra ignominia. Hereditas nostra versa est ad alienos: domus nostrae ad extraneos.*

Y penetrando siempre más en esa tierra fecunda de Oriente, recordad las pagodas de Confucio, de Brama, de Buda, de Zoroastro con sus libros sagrados del Zendavesta, y en todas esas teorías paganas veréis siempre la comunicación del Hombre con Dios.

Grecia y Roma son sin duda, H. M. el centro de la civilización y grandeza del pueblo pagano, y ellas a pesar de la multiplicidad de sus dioses, a todos levantaban templos y consagraban altares. La sombra de un altar cobijó a los primeros hijos de Rómulo y de Remo y ninguno de los guerreros del Peloponeso emprendió jamás sus hazañas militares sin antes prosternarse ante los dioses penates y sin venir después de la victoria a ofrendar a Júpiter Capitolino el carro de los despojos cubierto de mirtos y laureles. Ningún acto de la vida doméstica, social o nacional del pueblo Helénico se realizó jamás sin que sus sacerdotes y vestales encendieran, éstas el fuego sagrado ante las aras y ofrendaran aquéllos sacrificios a los penates. Y cuando se esparció por el mundo, la buena nueva del Evangelio, y le fué permitido a la Iglesia salir del seno de las Cotacumbas, envuelta en su manto enrojecido con la sangre generosa de catorce millones de mártires, el genio del hombre se puso a su servicio para levantar esas grandiosas catedrales que son todavía hoy, el exponente más alto de la mentalidad humana. Italia, esa tierra privilegiada del genio, de la belleza y de la armonía, fué la primera que, evocando los recuerdos del arte escultural de Roma y Gre-

cia, se lanzó en la vía de las nuevas concepciones, y arrojando de sus entrañas sus mármoles famosos, levantó en la ciudad de las flores, y a las orillas del Aino, la inimitable cúpula de Brunelleschi, fundió sus metales para que el cincel de Benvenuto modelara las puertas del Bautisterio, amontonó sus piedras para que Giotto, con su campanile desgarrara las nubes y buscó colores para que Cimabue y Frangélico embellecieran las paredes sagradas de sus templos.

En las orillas del Tiber, frente a la mole gigantesca del Circo Máximo, frente al Panteón de Agripa, del monumento de Adriano, en las inmediaciones del sepulcro de Cecilia, alrededor del Foro y de los Grandes arcos de Tito, de Vespaciano y Constantino, el cristianismo fatigó el cerebro de sus más grandes artistas, levantando las magestuosas basílicas cristianas de Letrán, de Liborio, de Pedro en el Vaticano, de Pablo en la vía Ostienses. Y cuando la fama puso en manos de Miguel Angel el cincel y el martillo, éste arrebatado como en éxtasis de verdadero iluminado pretendió que la estatua inerte salida de sus manos se pusiera en comunicación de ideas con él profiriendo la célebre frase que lo hizo inmortal: ¿por qué no hablas? Y cuando puso en manos de Rafael la paleta y el pincel para que multiplicara sus madonas y poblara con figuras sagradas las estancias y logias del Vaticano, cuando la fama celebró sus esponsales con Davinci y Tintoretto, con Perugino, Rosselli y Ghindarlajo, hubo un momento, Señores, en que, ante la multiplicidad de los artistas, la gloria se declaró fatigada de entretejer quinquales de laureles para coronar cabezas ya inmortales.

Y España, esa tierra de la nobleza e hidalguía, después de haber convertido las mezquitas de sus dominadores en templos cristianos y haber transformado los minaretes desde donde anunciaba el muezim, la oración que debían dirigir a Alá los hijos del Profeta, levantó templos tan magestuosos, tan grandes, tan ricos, que bástenos citar el decreto de uno de sus más célebres Cabildos, al aprobar los planos del templo proyectado. "Levonterras un templo tan grande, tan magestuoso, tan noble, y tan rico. que las generaciones venideras nos tengan por locos".

Y Francia, y Germania, y los países del Norte inventaron el magnífico arte gótico, tan ideal,



tan místico, tan religioso, en el cual no se sabe si admirar más los encajes de piedra, los grandes rosetones, las inmensas ojivas, las esbeltas columnas, los variados campanarios, la multiplicidad de las estatuas, o esas flechas y agujas de piedra lanzadas al espacio como para arrebatar al hombre de la tierra y acercarlo más y más al trono del Altísimo!...

Cuántas veces, en el momento del crepúsculo cuando el sol derrama sus últimos destellos iluminando tenuemente las solitarias naves de nuestra Basílica y las sombras se hacen largas, largas, hemos venido a solas con Nuestro pensamiento a dirigir a Dios una plegaria, a confortar Nuestro espíritu con el recuerdo de los hechos gloriosos de Nuestros Ilustres Predecesores, y Nos ha parecido ver allí, sentado en silla de humildad a aquel varón apostólico que se llamó TOMAS DE PORTES, aquel Arzobispo tan injustamente ultrajado por la prepotencia de un déspota que asumiendo en un momento de sonrojo y de desdoro para la dignidad nacional, todos los poderes, ponía en manos de aquel humilde Pontífice el pasaporte que debía llevarlo a playas extranjeras a mendigar el pan del ostracismo.

A los improperios y destemplanzas del General Santana solamente contestó el ilustre Prelado, imitando al Divino Maestro, con estas memorables palabras:

"Está bien, yo me iré del País, pero Ud. se acordará de mí algún día, oh General!..."

Y ese reto que en un momento solomno la virtud le dirigió al despotismo, repercutió, ciertamente algunos años después en el corazón del General Santana, cuando enfermo, desengañado, disgustado por el proceder de las autoridades españolas se entregaba a íntimas expansiones con los pocos amigos que lo rodeaban.

"La adversidad y el dolor abren el alma a consideraciones que la prosperidad no discierne...!" Por eso grande era su pesar en las obscuras noches del campamento de Guanuma, cuando rodeado de centenares de cadáveres de los valerosos españoles que comandaba y hostilizado de continuo por sus heroicos compatriotas, oía resonar en las sinuosidades de nuestros campos, desolados

por la guerra que él había provocado, las palabras fatídicas del ultrajado Arzobispo:

"Ud. se acordará de mí algún día, oh General!..."

Y se acordó de él y de las víctimas que ocasionara en los diecisiete años de poder omnímodo, cuando el día 5 de junio de 1864 se vió obligado a entregar el mando que él creyó perpetuo apoyo en las bayonetas españolas, y cuando en la tarde del día 14 de ese mismo mes y año, moría repentina y misteriosamente llevando al sepulcro el desprecio de los españoles a quienes se había entregado, la execración de sus conciudadanos a quienes había traicionado y el perdón de la Iglesia a quien había perseguido...

Cuántas veces Nos ha parecido oír como un crujir de piedras que se rompen y se pulverizan... Y hemos sentido el esfuerzo titánico de un gigante que sacudiendo la fría y pesada losa del sepulcro se nos presenta de pie, erguido, arrogante, con un manojo de rayos en las manos y mil centellas en los ojos, apostrofando desde esta misma cátedra al despotismo, condenando el egoísmo y rechazando las lisonjas y las mercedes que le brindaba el Poder, cuando se subastaba en los mercados públicos de Europa la nacionalidad dominicana!...

¡Y ese!... ¡ese es MERIÑO!... El tribuno esclarecido, el patriota incontaminado, a quien cupo la gloria de ser perseguido después de muerto por las pasiones de sus adversarios!... Ese es Meriño!... de cuyos labios Nos pareció oír en un momento de justa indignación la antigua frase de viril protesta: *Ingrata Patria non possidebis ossa mea!*...

¡Ese es MERIÑO!... quien reclinado ya en el regazo de la muerte y durmiendo en la paz de Cristo el sueño de los justos, Nos hace recordar el cántico del Rey Profeta, que es el cántico de la reparación y de la justicia

¡Exultabunt Domino ossa humiliata!...

Acompañados, señores, todavía un momento más en nuestra misteriosa procesión de sombras y recuerdos... El sol se ha hundido por completo



en el ocaso: la mortecina luz de un cirio que arde ante una imagen apenas alumbró la oscuridad de nuestro camino... ¡Deteneos!... ¡doblad vuestras rodillas!... ¡hundid en el polvo del santuario vuestras frentes!... Nos encontramos ante el altar de la Patria y en la Capilla de los Inmortales... Ese que véis de pie en ademán sublime con la diestra extendida sobre la cruz y sobre el Evangelio, ese es DUARTE el fundador, que todavía repite en nombre de la augustísima e indivisible Trinidad el juramento solemne de los Trinitarios.

Aquel que véis envuelto en los colores nacionales y de cuyo pecho brotan los raudales de sangre que debían darle nueva vida al árbol muerto de la libertad, ese es SANCHEZ, el propagador incansable, el mártir del Sacrificio... Cuántas veces nos ha parecido oír en las altas horas de la noche y bajo las bóvedas seculares de este mismo templo el eco de aquel disparo gloriosísimo con que MELLA saludó desde la cima del Conde la aurora del 27 y avergonzó más de una vez a la Victoria con el fulgor de su heroísmo... Aquel que véis sobre ignominioso patíbulo con la frente en la húmeda tierra, sin una almohada donde reclinar su cabeza cargada de laureles, sin tener a su lado un amigo que cerrara sus ojos, aquellos ojos que centellearon un día como rayos en los campos de batalla, aquel que véis sin luces, sin flores, ni sudario... es Duvergé ignominiosamente fusilado el 11 de abril de 1855...

Recójase ahora el espíritu a meditar en silen-

cio sobre la significación de esta fecha para la República Dominicana. *Habebitis hunc diem in monumentum, et celebrabitis eam in generationibus vestris cultu sempiterno*: consideraréis este día como memorable y lo celebraréis como fiesta solemne del Señor, de generación en generación, con culto sempiterno...

Y tú, Virgen Santísima de la Altagracia, conserva por largas centurias estos muros venerandos donde este pueblo ferviente ha construido un ara para tu veneración y tu recuerdo; estrecha por siempre los lazos de nuestras familias, acrecienta el cariño y el celo de los padres, enciende la ternura y la fidelidad de las madres, aumenta la obediencia y la sumisión de los hijos; encardece las llamas de nuestra fe cristiana, purifica los sentimientos de caridad y levanta el fuego de la esperanza; haz que sea fructífero el trabajo, que sean fértiles los campos, que crezcan nuestras empresas; que surja la conformidad en la desolación, la templanza en la miseria y la resignación en la desgracia; mitiga nuestras congojas, ahuyenta nuestros dolores, disipa todos los infortunios que nos acosan; inspira ideas y prédicas salvadoras a la prensa periodística; depura la conciencia de los que te sirven; muéstrales el camino a los extraviados, sostén a los débiles, perdona al injusto y haz constante y firme al hombre justiciero.

Pidámosla también, compatriotas —¿y por qué no?— el sumo, el magno bien de una patria desencadenada y redimida!

MANUEL A. MACHADO

1870-1922

La juventud estudiosa de fines del pasado siglo tuvo tres grandes refugios para sus ansias de sabiduría: el Colegio San Luis de Gonzaga, del Padre Billini; el Seminario Conciliar en que fué Meriño la más viva luminaria; y la Escuela Normal, de Hostos. Podría decirse que cada uno de los grupos juveniles tuvo definida característica: así los discípulos de Meriño se distinguieron por su apego a la

Iglesia; los de Hostos por su afán científico; los de Billini, por su amplitud de espíritu.

Entre los educandos del Prelado —Pedro Spignolio, Andrés Julio Montolio, Manuel Arturo Machado— había cierta afinidad psíquica, cierta acorde actitud ante la vida, que quizás explique el estado de alma del Mitrado en sus últimos años: la armo-